

Metodologías cualitativas: algunas notas desde el interaccionismo simbólico

Hernán CHAPARRO M.



LA COMUNICACIÓN, como un proceso relacionado exclusivamente con los medios y la propagación de mensajes, es una imagen bastante arraigada que, luego de diversos acontecimientos, ha dejado de ser hegemónica. El enfoque marxista-estructuralista, aplicado a la comunicación, sin quererlo, contribuyó a la construcción de este estereotipo donde los medios y sus mensajes aparecían como los actores principales del drama de la manipulación.

Como consecuencia del agotamiento de los modelos teóricos que privilegiaban la influencia de las estructuras macrosociales al momento de explicar el comportamiento social, ha sido cada vez mayor el interés por acercarse al estudio y comprensión de fenómenos comunicativos que se desarrollan a otros niveles de la realidad. Gracias a estos cambios, se reconocen como situaciones comunicativas lo que acontece en la interacción entre dos organizaciones o lo que ocurre al interior de las mismas, los espacios de interacción grupal, las situaciones donde se desarrolla una relación interpersonal, etc. En general, esto ha sido entendido como una revalorización de la importancia de los procesos microsociales. Desde este punto de vista, se considera la comunicación como un proceso de interacción simbólica que se desarrolla, a la vez, en diferentes planos (el macrosocial, organizacional, grupal, interpersonal, intrapsíquico, etc.), afectándose mutuamente unos a otros (Ritchie y Price, 1991). Un examen de la campaña para combatir el cólera, por ejemplo, no puede centrarse sólo en ver la relación entre los mensajes transmitidos por los medios y el proceso de recepción sino que debe indagar también en la relación comunicativa establecida entre los funcionarios del Ministerio de Salud y los organizaciones de ambu-

lantes así como en la interacción comunicativa entre el "cliente" del puesto ambulatorio y quien atiende, las percepciones de cada uno, etc. Sólo la comprensión de lo que ocurre en estos diversos niveles, las perspectivas de cada uno de los actores, así como las relaciones que se establecen entre unos y otros, puede dar una idea cabal de lo que comunicativamente ahí ocurre.

Ha sido en este contexto que, al igual que en otras ciencias sociales, se ha comenzado a prestar especial atención a los procesos de interacción (comunicación) de la vida cotidiana. Vemos, por ejemplo, el trabajo realizado por Alfaro, Tellez, Pinilla y Gogin (1990) respecto a la relación entre cultura de masas, cultura popular y radio, donde, a la vez que se analizan programas radiales y procesos de recepción, se presta atención a los "espacios sociales de encuentro", un conjunto de interacciones cotidianas que constituyen, también, situaciones comunicativas de gran importancia en los procesos de construcción social de la cultura popular.

Sin embargo, este rescate de los procesos de interacción, a diferentes niveles, es una perspectiva que recién se comienza a tomar en cuenta. Se ha producido gracias al reconocimiento de estos procesos como espacios mediadores entre los mensajes y el comportamiento social, así como por constituirse, en sí mismos, espacios de interacción sociocomunicativa con dinámica propia.

La primera reacción frente a la crisis de los estructuralismos fue señalar el olvido que estos enfoques tuvieron de la importancia del sujeto en la dinámica social. De acuerdo a esta percepción del "sujeto olvidado" la alternativa consistía en desarrollar mecanismos que incluyeran "lo subjetivo" como parte de la comprensión del entorno social. Se reconocía que los procesos sociales no se reproducían tal cual en la mente de las personas y que por lo tanto era necesario rescatar el punto de vista del actor respecto a una situación determinada. Producto de esta suerte de intuición general, se dio un vuelco hacia disciplinas como el psicoanálisis y otras donde lo que se reprodujo, en primera instancia, fue la antigua discusión sobre las relaciones individuo-sociedad (ver, por ejemplo, Zazzo, Piaget, Ricoueur y otros, 1973). Esta idea primera, donde se pone énfasis en lo subjetivo entendido como lo individual, ha tenido, y tiene todavía, consecuencias teóricas y, como veremos acá, metodológicas.

Como consecuencia de los supuestos que se han ido esbozando al interior de este proceso de transición de paradigmas, otra de las reacciones ha sido la revalorización de la metodología cualitativa, cuestionada, durante mucho tiempo, por una supuesta carencia de rigurosidad científica. Vemos que, últimamente, se recurre con frecuencia a la observación participante, a la entrevista

en profundidad y, en especial, a las historias de vida (Grandón, 1989), para acercarse al sujeto olvidado y recoger la forma en que percibe la situación que vive.

Consideramos que todo este proceso de cambio teórico/metodológico debe tomarse con mucho cuidado pues, por momentos, da la impresión que se ha difundido, con más rapidez, el uso de una técnica que el significado de la misma al interior de un cambio epistemológico general. Falta todavía una adecuada difusión de los supuestos que subyacen a esta metodología pero, sobre todo, mayor debate respecto al cambio de paradigma. La falta de claridad teórica se suple con el recurso al método.

De manera similar a las dicotomías que se presentan —en lo teórico, entre individuo y sociedad— en lo metodológico se plantean falsas disyuntivas entre los métodos cualitativos y los cuantitativos. No se logra evaluar que la revalorización de la metodología cualitativa es solo la consecuencia de un proceso mayor de replanteamiento epistemológico. Lo frecuente es considerar que lo que falta es el punto de vista del actor social. En consecuencia, lo que se estila hacer es recurrir a entrevistas personales, historias de vida, etc. a fin de recoger el punto de vista de la persona respecto al tema en cuestión. Sin embargo, en estos casos, donde se busca introducir la perspectiva del sujeto, queda siempre la sensación que faltan puentes entre el texto del entrevistado y el fenómeno social en estudio.

Hay, además, posiciones que se acercan a las metodologías cualitativas manteniendo el mismo enfoque objetivista. Las confusiones a que hacemos referencia se ven con claridad en uno de los primeros libros que durante los setentas retomaron una de las técnicas más utilizadas en la metodología cualitativa, la historia de vida (Balan, Ed., 1974). Acá se aprecia con claridad dos formas de entender las historias de vida y los riesgos de realizar cambios en el arsenal metodológico que no vayan acompañados de replanteamientos teóricos. Al interior del libro están, por un lado, los trabajos de Marsal (1974) y Angell (1974) y, por el otro, los de Becker (1974) y Wilkie (1974). Entre los primeros, observamos la persistencia de los supuestos positivistas mientras que en los segundos se aprecia un acercamiento perspectivista, más en la línea de los nuevos enfoques epistemológicos, que, en el caso de Becker, nos remiten al interaccionismo simbólico.¹

El acercamiento y uso positivista de la historia de vida, o cualquier otra metodología cualitativa, es posible. Por ello nos interesa resaltar que lo importante es un cambio en el proceso de construcción de nuestro objeto de conocimiento y no sólo una modificación de la técnica que se utilice. Esto se presta a que, sin variar el enfoque, se use la técnica cualitativa con fines positivistas.

1. Esta corriente, más que una nueva orientación, es un enfoque que surgió durante los años 20 en los Estados Unidos que, por diversos motivos, fue relegada. Recién, en los setentas con la crisis del positivismo, ha recobrado actualidad.

Maffesoli (1989) señala, en ese sentido, que lo importante no es un cambio en el método o forma de análisis sino un cambio en la perspectiva de acercamiento a las cosas.

Lo que acá entendemos por un acercamiento positivista a las historias de vida se refiere a una perspectiva que toma esta metodología como un instrumento más, cuyo fin es aportar "datos" sobre una realidad que se asume como un sistema cognoscible, regido por una número finito de leyes, que el hombre puede aprehender y controlar. Lo que interesa, en la relación con el sujeto, es que éste "informe" adecuadamente sobre un determinado acontecimiento o suceso externo con la mayor eficacia y objetividad posible. Tanto el investigador como el entrevistado deben guardar la distancia necesaria a fin de no contaminar los datos con su subjetividad. Una vez obtenida la entrevista se buscará que su contenido cumpla la misma función que los datos de una encuesta por lo que el sentido de la metodología terminará siendo tergiversado.

"La función típica de los datos en la investigación social es la verificación de hipótesis o teorías y este es el campo en que el papel de los documentos personales y las historias de vida aparece como más endeble".

(Marsal, 1974: 53)

Becker (1974) describe el enfoque positivista como una pared de ladrillos donde se busca que el conocimiento progrese de manera lineal y acumulativa. Los resultados de un estudio se incorporan en el cuerpo principal del conocimiento; luego, una vez terminada la investigación, si esas hipótesis han sido demostradas, se las añade a la pared de lo que ya es científicamente conocido y se les usa como base para estudios posteriores.

Se espera de la metodología cualitativa datos válidos y confiables que permitan la verificación de hipótesis para así explicar la existencia de determinadas relaciones causales. Se mantiene como meta la pretensión de generar un conjunto de conceptos que permitan establecer deducciones y generalizaciones. El interés se mantiene fijo en los acontecimientos externos respecto a los cuales el sujeto cumplirá en la medida que sea un buen informante.

Con esa lógica, Angell (1974) y Marsal (1974), terminan considerando, como era esperable, que la historia de vida (diríamos que cualquier metodología cualitativa) ofrece datos que no permiten la adecuada verificación de hipótesis y que, además de tener escasa validez y confiabilidad, no son representativos de la realidad. Estos autores finalizan diciendo que las metodologías cualitativas sólo sirven para acercarse a un problema, conocerlo

de cerca y formular luego hipótesis que sean verificadas por métodos cuantitativos. El método termina sirviendo sólo a fines exploratorios y, en todo caso, ilustrativos, pues permitirá adornar una afirmación que se elabore a partir de datos estadísticos. La importancia de la mediación simbólica, como hecho social, no es tomada en cuenta.

Hemos visto unos casos donde lo que se produce es la utilización de un método sin cambio de perspectiva epistemológica. Sin embargo, existen otros donde lo que se observa es la utilización de un método junto con la ausencia de perspectiva. Vemos así el trabajo de Rojas y Nash (1976), que trata sobre la vida de un minero en Bolivia o, más reciente y local, el trabajo de Boggio, Romero y Ansión (1991), que estudia la relación entre cultura política y comportamiento electoral en las últimas elecciones presidenciales. En estos textos aparecen una serie de entrevistas en las cuales "se hace hablar a los sujetos". June Nash opta por no realizar análisis alguno y Boggio et. al. terminan haciendo comentarios de sentido común que consisten en repetir, con otras palabras, lo que dijo el entrevistado. Diera la impresión que tratamientos de este tipo revelan una actitud, hacia el discurso del sujeto, similar a la que tienen los positivistas hacia los datos numéricos: creen que el texto, en sí mismo, encierra una verdad que se hace, por sí sola, evidente. Citamos a continuación un texto de Dollard donde se da cuenta de esta antigua tendencia respecto al uso del material cualitativo.

"Muchos profesionales parecen pensar que una vez que consiguen que el sujeto cuente su propia historia, automáticamente proporcionará material de carácter científico. Esto rara vez puede ser cierto, pues el material que el sujeto entrega de forma natural está ya condicionado y limitado en muchos aspectos...Dicho de otro modo, el material de la historia personal nunca habla por sí mismo; el sujeto es incapaz de proporcionar párrafos teóricos explicativos que den sentido al material. Por el contrario...normalmente hace todo lo posible por desfigurarlo. Este hecho hace necesario que el profesional de la historia personal desempeñe un papel activo en lo que respecta al material; debe realizar la tarea crítica de forjar los conceptos necesarios, hacer las conexiones precisas y unir todas las piezas de la historia para hacer evidente su sentido..."

(Dollard. En: Plummer, 1989: 140)

Muchas veces, este "dejar hablar" a los sujetos se entiende como un acto que tiene un valor "de denuncia, de protesta, frente a la opresión e injusticias que sufren determinados sectores y

actores en nuestras sociedades" (Grandón, 1989: 189). ¿Hasta que punto no es también un acto reparatorio de parte de aquellos estudiosos que durante un buen tiempo hablaron "¿en nombre de..."? ¿No será peligroso saltar desde un estructuralismo sin sujeto a un sujeto o discurso en el vacío?

Si bien es cierto que lo fundamental de una entrevista o discurso cualquiera no radica en su "objetividad", los discursos por sí solos, sin un enfoque que les de sentido, poco pueden ayudarnos. La confusión parece estar, como decíamos más adelante, en considerar que tan solo se necesita el punto de vista del actor para comprender una situación dada.

Para clarificar la propuesta del interaccionismo simbólico, quisiera referirme a la metáfora que utiliza Becker (1974) para describir este enfoque. Para este autor, si la imagen de la teoría en el positivismo es la de la pared de ladrillos, para el interaccionismo simbólico, la metáfora será la del mosaico.

"La imagen del mosaico es útil para formarse una idea de tal empresa científica. Cada pieza que se añade a un mosaico añade algo para entender el cuadro total. Cuando son muchas las piezas que se han colocado podemos ver, con mayor o menor claridad, los objetos y la gente que compone el cuadro y sus relaciones mutuas. Las distintas piezas aportan cosas diferentes a nuestra comprensión: algunas resultan útiles a causa de su color, otras porque aclaran el contorno de un objeto. Ninguna de las piezas desempeña un papel fundamental pues, si carecemos de su aporte, existen todavía otras maneras de llegar a una comprensión del todo.

Los estudios individuales se pueden considerar como piezas de un mosaico..."

(Becker, 1974: 30)

La metáfora del mosaico nos ayuda a entender una forma de construcción teórica pero nos da, además, la pista para hacernos a la comprensión de un fenómeno comunicativo cualquiera, desde el punto de vista del interaccionismo simbólico.

Una entrevista, una historia de vida, incluso una encuesta, no son más que piezas de un mismo conjunto que cobra distintos significados de acuerdo al modo en que se vayan poniendo en relación las partes. Publicar y/o analizar un texto, dejando de lado la comprensión de la interacción, al interior de la cual ha sido construido su significado, corre el peligro de convertirse en un contenido vacío.

Como dice Luckmann (1989), la pregunta por el significado de la acción social tiene que partir de lo obvio; esto es, por el significado que le da el propio actor a su conducta pero, ese discurso, tomado aisladamente, no tiene sentido. Para entenderlo tiene que analizarse la interacción entre esa y otras experiencias participes de la misma situación. El sujeto actúa en función de la definición de la situación que va construyendo en la interacción con los otros.

Este "giro micro sociológico" supone un modo de acercamiento a la realidad que se aleja radicalmente de las pretensiones del positivismo pero que también busca ir más allá de la presentación de textos aislados que, se supone, revelan su sentido con la sola lectura de los mismos.

Para el interaccionismo, la unidad de análisis no es el sujeto sino el acto o acción social. La conducta individual, verbal o no verbal, no es más que la expresión de un proceso de interacción simbólica entre, al menos, dos partes. En una situación concreta, la conducta de cada individuo es producto de una negociación de perspectivas (normalmente inconsciente) que se establece entre los diferentes participantes y la situación. Las perspectivas, deseos, características personales no son más que los insumos para un proceso de construcción social. Por ello, la metodología cualitativa que esta corriente más emplea es la observación participante. Al interior de la misma se pueden observar y recoger los discursos de los actores y a la vez registrar los intercambios que se dan entre los mismos. Se desarrolla todo el proceso de construcción del mosaico.

Clásicos como Blumer (1982) señalan que el investigador tiene la responsabilidad de comprender la dialéctica que se establece entre las "definiciones de la situación" y las circunstancias en que las mismas se desarrollan. Para Mead (1982), el significado de un acto está contenido en la interacción de la cual forma parte siendo importantes tanto las conductas en sí mismas como las interpretaciones que de ellas realizan los actores. No por gusto, el nombre con que Mead se refería a su propuesta era Conductismo social.² El quería resaltar que lo esencial en el ser humano era su capacidad simbólica pero a la vez, siempre enfatizó, que la misma surgía y se mantenía al interior de las interacciones sociales.

El interaccionismo considera que los sujetos no actúan según las circunstancias macrosociales pero tampoco está de acuerdo en afirmar que la conducta es producto exclusivo de factores internos a la persona. La relación del sujeto con el entorno está mediada por su experiencia cotidiana en diversas situaciones microcomunicativas. Es al interior de esos espacios de negociación que los sujetos van construyendo sus imágenes y perspectivas. Ahí se intercambian y negocian deseos, expectativas, etc..

2. Fue Blumer quien luego acuñó el nombre de interaccionismo simbólico

Para entender el significado de una conducta o una opinión, se necesita comprender el significado de la situación al interior de la cual se construye.

Esta forma de concebir nuestra relación con el entorno lleva al interaccionismo a prestar atención no solo a las relaciones que se dan en la situación observada sino a la que se establece entre el investigador y el fenómeno en estudio.

Para el interaccionismo simbólico, la teoría es una construcción del investigador que se desarrolla a partir de la interacción entre éste último y los demás participantes de la situación en estudio. No existe esa separación entre sujeto-objeto tan característica del positivismo. Por el contrario existe una posición perspectivista frente al conocimiento. Miller (1980), señala que para George H. Mead, padre del interaccionismo, la realidad tiene una existencia propia que va más allá de la capacidad de comprensión del sujeto y que, por lo tanto, lo único que tenemos son imágenes parciales producto de experiencias particulares con las cosas, situaciones o personas. El discurso científico no es más que otro discurso, producto de la interacción, que busca dar cuenta de otras interacciones y discursos.

Esta observación nos alerta respecto a la interpretación que podemos realizar de una observación o de una entrevista. ¿no es también el proceso de investigación una negociación donde lo observado es producto de la interacción entre el entrevistador y el entrevistado o entre el observador y los observados? ¿el análisis de una entrevista no debería tomar en cuenta entonces la relación entrevistador-entrevistado?

Todo esto lleva al desarrollo de una teoría inductiva que renuncia a las pretensiones de generalidad y que exige una mezcla de permanente trabajo empírico, esfuerzo integrador y generosa modestia. Se busca rechazar las tentaciones de una razón arrogante.

Debido a esto, Blumer habla de los "conceptos sensibilizadores" como una alternativa a la idea de "hipótesis". Para él, debiéramos tener mucha flexibilidad, una actitud ingenua, respecto a nuestras propias concepciones al momento de iniciar un estudio. Todo concepto previo a la investigación no debería ser más que referencial y sujeto a modificación durante el curso de la misma. Blumer plantea una "relación de trabajo" entre los conceptos, deliberadamente imprecisos, y la observación empírica. Una afirmación rígida como la hipótesis no permitiría tomar contacto con la realidad sino solo buscar la comprobación de la idea previa. La definición de conceptos se irá desarrollando durante el proceso de investigación.

En resumen, hemos visto que si bien la perspectiva del actor es importante, lo es más aún el conocimiento de la situación al interior de la cual esta perspectiva se construye. La conducta

individual no es más que la resultante de un proceso de interacción que la significa. Es al interior de ese proceso de interacción que son importantes las percepciones de los actores así como la negociación que se da entre ellos. Por último, es fundamental la interacción no sólo para definir nuestro objeto de conocimiento sino para entender los límites del proceso de investigación que, para acercarse a la realidad, depende de un proceso de interacción con la misma.

BIBLIOGRAFIA

- Alfaro, R.M., Tellez, R.,
Pinilla, H. y Gogin, G. (1990) *Cultura de masas y cultura popular en la radio peruana*. Lima, Calandria/Tarea.
- Angell, R. , (1974) "El uso de documentos personales en sociología: una revisión crítica de la literatura 1930-1940." En: Balan, J. (ed.), *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Balan, J. (ed.) (1974) *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Balan, J. (1974) "El uso de las historias de vida en encuestas y su análisis mediante computadoras". En: Balan, J. *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Becker, H. (1974) "Historias de vida en sociología". En: Balan, J. (ed.), *Las Historias de vida en ciencias sociales*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Blumer, H. (1982) *El interaccionismo simbólico: perspectivas y métodos*. Barcelona, Hora.
- Boggio, M.R., Romero, F.,
Ansión, J. (1991) *El pueblo es así y también así. Lógicas culturales en el voto popular*. Lima, Democracia y Socialismo.
- Grandón, A. (1989) "Los estudios cualitativos: una aproximación actual". En: *Debates en sociología*, No. 12-14. Lima, PUC, 1989, pp. 185-198.
- Luckmann, Th. (1989) "On meaning in everyday life". En: *Current Sociology*, Vol. 37, No 1, pp. 17-29.
- Maffesoli, M. (1989) "The sociology of everyday life". En: *Current Sociology*, Vol.37, No 1, pp.1-16.

- Marsal, J. (1974) "Historias de vida y ciencias sociales". En: BALAN, J. (ed.), *Las Historias de vida en ciencias sociales*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Mead, G.H. (1982) *Espíritu, persona y sociedad*. Barcelona, Paidós.
- Miller, D. (1980) *George Herbert Mead. Self, Language, and the World*. Chicago - Londres, The University of Chicago Press.
- Plummer, K. (1989) *Los documentos personales*. Madrid, Siglo XXI.
- Riche, V [y] Price, V.L. (1991) "Of Matters Micro and Macro: Special issues for Communication Research", En: *Communication Research*. Vol 18, Nº 2, pp. 133-139
- Rojas, J. y Nash, J. (1986) *He agotado mi vida en la mina. Una historia de vida*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Wilkie, J. (1974) "Eliterole". En: BALAN, J. (ed.), *Las historias de vida en ciencias sociales*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Zazzo, R. Piaget, J. Ricoueur, P. y otros. (1973) *Psicología y marxismo*. México, Roca.